

Dos artistas en busca del bosque perdido

El bosque, la madera y la naturaleza como referente interno y externo, es el nexo que vincula las muestras de María Luz Gil y Marino Santa María en el Centro Cultural Borges (Viamonte y San Martín). Cada uno desde su poética se refiere a ese ámbito de lo natural que ha sido objeto de las visiones más encontradas en la historia del arte. María Luz Gil retoma y profundiza en esta oportunidad el tema que desarrolló en una videoinstalación presentada en el mismo espacio el año pasado: el bosque como metáfora del espacio interior. Entonces, ella misma era la protagonista de una travesía por el bosque que ahora parece continuar en una instalación multimedia articulando una serie de pinturas, objetos y una proyección de dispositivos. A partir de todos estos elementos crea una zona de indefinición visual en la que insiste con su propia imagen reiterada hasta la obsesión. Y justamente, de eso se trata: de obsesiones, temores y todas las implicancias simbólicas que tiene el bosque como espacio del miedo en toda la literatura infantil. En la presentación de la muestra, el crítico Julio Sánchez cita al psicoanalista Carl Jung para hacer referencia a los terrores del bosque, que simboliza el aspecto más temido del inconsciente. Así María Luz Gil se desdobra en niña ya mujer adulta para internarse en ese ámbito. Se lanza a una travesía incierta que por alguna razón dota de una inquietante belleza. La niña y la mujer saltan, se divierten o huyen despavoridas en una secuencia de imágenes deliberadamente ambiguas que la artista construye como evocaciones. Pinta las telas y sobre ellas imprime fotografías para lograr esa figuración leve que traduce el recuerdo. Pero además trabaja en el plano y en el volumen. Organiza contrastes de luces, sombras y soportes. Una pequeña figura tridimensional -la niña- se puede enfrentar con una figura terrorífica proyectada.

Ana María Battistozzi